

Para la hora del “Ángelus”.

Lunes, 16/03/2020

Dice el libro de los Reyes que Naamán, general del ejército del rey de Siria estaba enfermo de lepra. Una esclava israelita que tenía su mujer dejó caer, como quien no quiere, que en Israel había un profeta que podía librarlo de la lepra, y allá se fue Naamán con un vistoso séquito.

Cuando llegó a la humilde casa donde vivía Eliseo, el profeta no salió a recibirlo, sino que le envió el recado de que se bañase siete veces en el río Jordán. Esto sacó a Naamán de sus casillas. ¡Como si los ríos de Siria no fuesen más caudalosos y saludables que el Jordán! Se dio media vuelta y estaba emprendiendo el regreso, cuando uno de sus consejeros le dijo: “Si te hubiera prescrito algo difícil, lo habrías hecho, ¿por qué no pruebas a bañarte en el río como te ha dicho? A fin de cuentas, quién sabe...” Naamán recapacitó, se bañó en el Jordán y quedó limpio de la lepra.

Esto es lo que la liturgia de la Iglesia propone como primera lectura para este lunes de la tercera semana de Cuaresma. Quien quiera, puede leer el texto completo en el segundo libro de los Reyes, 5, 1-15. En estos días, en los que todos estamos un poco “atacados” por la amenaza del virus, es bueno recordar dos cosas:

- Que las prescripciones de quienes tienen autoridad hay que cumplirlas, aunque parezcan “tontas” o innecesarias. Naamán esperaba un remedio más contundente, y el profeta sólo le pidió que se bañase en el río. Ahora también se nos piden cosas sencillas y razonables: no salir de casa, extremar la higiene, evitar las aglomeraciones, etc. Sería ridículo despreciar estos consejos tan sensatos.
- Que, en definitiva, no fue el agua del Jordán la que sanó a Naamán, sino el Espíritu de Dios, que actuó a través de aquella agua. También es hora de que aparcemos esa increencia, tan de moda en nuestro tiempo, y reconozcamos con humilde convicción que, en definitiva, nuestras vidas están en las manos de Dios, y Dios es Padre. Por ello, oremos con el Papa:

«Oh María, tú resplandesces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.

Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos,
que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación de todos los pueblos,
sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros que proveerás,
para que, como en Caná de Galilea,
pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre y a hacer lo que nos dirá Jesús,
quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y ha cargado nuestros dolores para conducirnos,
a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.

Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios.
No desprecies nuestras súplicas, que estamos en la prueba,
y libéranos de todo pecado, o Virgen gloriosa y bendita».